

Las noticias que llegan al pueblo son cada vez más inquietantes para esta familia. Uno de los días tienen conocimiento del bombardeo del santuario de Pilar en Zaragoza, efectuado por un avión procedente de la base de Albatalillo cerca de Sena; otro conocen el fusilamiento de Mosén Ramón Bosque, el coadjutor de la parroquia. Pocos días antes habían asesinado también a otro sacerdote en Sariñena. Los Gascó –padre e hijo– presienten su final. La noche del 23 de agosto comprenden que llega su última hora. Gabino no se acuesta; se queda rezando y escribe una carta en la que, además de hacer profesión de fe, da unos consejos a familia. Don Rafael, el padre, también permanece oración. Antes de amanecer se presentan en la casa unos milicianos. Les reclaman diciendo que les llevan a juzgar en Barbastro. La despedida de las tres mujeres que quedan en la casa es emotiva. Todos sabían que no volverían a verse. Y en un campo, a 7 kilómetros de Sena, fueron fusilados junto con otros cinco hombres del pueblo.

También Monzón fue escenario de tropelías revolucionarias. Los últimos días de julio de 1936 las iglesias de Santa María, de San Juan, el monasterio de las clarisas y el convento de «las Anas» fueron expoliados y, en parte destruidos y los sacerdotes de la ciudad fueron perseguidos. Todos morirían en los días siguientes. Los dos coadjutores, los «curetas», Mosen José Nadal Guín, de 24 años, natural de Bell-lloc (Lérida) y Mosén Juan José Jordán Bleuca, de Azlor, de 27 años, fueron conminados a permanecer en su domicilio bajo la permanente custodia de los milicianos, pero pronto pasaron a la cárcel del pueblo. Presintiendo su final, los «curetas» escribieron cartas de despedida a sus familias. Las misivas son emocionantes.

El libro de Peraire está bien documentado. En su primera parte encontramos una biografía de los cuatro personajes. La segunda está dedicada al asesinato de los Gascó, y los capítulos finales se centran en los dos sacerdotes. Recoge numerosos testimonios de familia-

res y de testigos presenciales, así como las cartas de despedida de cada uno de estos cuatro asesinados.

P. Estaún

Émile POULAT, *Notre laïcité publique. «La France est une République laïque»*, Paris, Berg International Éditeurs, 2003, 416 pp.

Los amigos de Émile Poulat organizaron un coloquio en homenaje al estudioso (director de estudios en L'École des Hautes Études en Sciences Sociales), cuya obra, muy fecunda, es y seguirá siendo durante mucho tiempo un punto de referencia. Las ponencias de este coloquio han sido publicadas en un volumen titulado *Émile Poulat, Un objet de science, le catholicisme*, editado por Bayard.

La obra que comentamos ahora va a ser probablemente, como nos lo confió el autor, su último libro. Puede considerarse como un resumen de una vida de investigaciones dedicadas en su mayoría a las relaciones entre la Iglesia y el Estado y, más en concreto, a la laicidad.

Este libro, que bien podría titularse «los misterios de la laicidad», es tanto más importante cuanto se inscribe en la fase preliminar de celebración del centenario de la Ley de 9 de diciembre de 1905, que sancionó la separación de la Iglesia y del Estado en Francia. A lo largo de este siglo se ha escrito mucho sobre el tema, y uno podría pensar que ya se sabe todo y se ha dado la vuelta completa al tema. Pues no es así, ya que este trabajo de Émile Poulat pone en tela de juicio lo que pensamos saber o, por lo menos, parte de lo que pensamos que sabemos sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Francia desde la Revolución de 1789. De hecho, en realidad, no existe una *laicidad*, la famosa y tan celebrada «laicidad a la francesa»: estamos ante una laicidad *plural*, para usar de una palabra en boga.

De entrada Émile Poulat nos sitúa frente a una paradoja: ¿qué es la laicidad? A este interrogante hay que contestar que ¡nadie lo sabe!

Puede sorprender semejante afirmación. Pero la verdad es que no existe ninguna definición oficial de la laicidad, ningún texto jurídico que dé una descripción de ella. Y es así porque la palabra laicidad no aparece en ellos. Tampoco podemos encontrar una historia de la laicidad. Por otra parte, la palabra es polivalente, ya que no es lo mismo hablar de laicidad de la escuela, de laicidad de la administración del Estado, lo que remite a un carácter de la escuela o de la administración pública, y de Laicidad (con mayúscula), que pertenece al campo de las ideas. Dicho de otro modo, hablamos de laicidad, pero sin saber de qué hablamos...

Si enfocamos el asunto desde el punto de vista de la historia, nos encontramos con que el principio de laicidad se opone al principio de catolicidad, que ha estado vigente en Francia durante siglos, sin que fuera óbice para una justa distinción de poderes. En razón del galicanismo, las leyes eclesiásticas obligaban tan sólo cuando habían sido registradas por el Parlamento. Dicho de paso, el autor retuerce el pescuezo al prejuicio de que Francia es «la hija primogénita de la Iglesia»: era el rey de Francia el hijo mayor.

Habla el autor de «laicidad pública», como figura en el título de esta obra, porque, como explica, la laicidad pertenece al ámbito público, no al de las convicciones personales de cada ciudadano. Aparece esta laicidad pública por vez primera con las guerras de religión. Más cerca de nosotros, la ya aludida Ley de 1905 rompió en dos el campo laico, ya que algunos querían una ley de irreligión, mientras otros querían una ley de pacificación. Pero los católicos no supieron oponer un frente unido, pues también se dividieron en una fracción intransigente, que rechazaba absolutamente la ley, y los que pensaban que era posible aceptarla, incluyendo la constitución de las asociaciones culturales, a lo que en última instancia se negó la Santa Sede.

Se ha dicho que la Ley de 1905 fue una ley de «expoliación» de la Iglesia católica, y así lo piensan muchos católicos. En verdad, hubo

expoliación, pero tan sólo porque los católicos se negaron a constituir las asociaciones culturales —siguiendo en ello las directrices de la Santa Sede, como queda dicho, que tenían serias razones para ello—, cuando la ley establecía que dichas asociaciones culturales debían de ser sujetos de la devolución de los bienes del culto.

El lector recordará que se acaba de aprobar en Francia una ley sobre los signos religiosos, motivado por los problemas suscitados por el velo islámico. En este libro, escrito con anterioridad, Émile Poulat se muestra opuesto a semejante ley, que sólo puede generar problemas en el futuro. Lo que asegura la paz civil, es el «arte de convivir», basado en el compromiso del régimen de laicidad pública.

Cuatro partes componen esta obra. La primera se titula «establecer la laicidad», tema que se desarrolla según los siguientes capítulos: «La catolicidad de la que venimos. De la Iglesia galicana al catolicismo francés», «¿Cómo trata a la Iglesia católica? De la paz de las conciencias a la pacificación de los espíritus», «La laicidad que nos gobierna. El Estado regulador de las libertades religiosas». Una «imposible conclusión», muy breve, destaca que una cultura de la libertad ha de empezar por asumir la libertad sin que de ello se desprenda la obligación de aprueba todo lo que se hace o se comete en su nombre.

Más allá de una aventura difícil de entender desde fuera, la «laicidad pública», tal como se vive en Francia y la describe Émile Poulat, ofrece no tanto un modelo, que algunos querrían, si fuese posible, imponer a los demás países, sino una experiencia de la que pueden desprenderse útiles lecciones. Cabe tener presente que la idea de laicidad no ha de definirse por neutralidad o la separación, sino que es en primer lugar una situación en que el Estado es fiador de las libertades públicas de conciencia, de expresión y asociación para todos los ciudadanos sin excepción alguna. Puede enriquecerse luego con una clarificación de las competencias entre lo que pertenece al ámbito del

derecho público y lo que pertenece al del derecho privado. En todo caso, la separación «a la francesa» esta lejos de ser una «membrana impermeable»: permite estrechas compenetraciones, de las que el autor ofrece algunos ejemplos, a veces sorprendentes. Y la experiencia demuestra que en la realidad las cosas son tal como las describe, y que la aparente contradicción que encierra esta situación de hecho no parece plantear problemas, aun cuando de vez en cuando se alcen algunas voces laicistas para acabar con ese equilibrio. Aquí convendría señalar una evolución de la sociedad que parece que va solapadamente en contra de lo acordado por las partes y considerado como intangible: la necesidad para los establecimientos escolares de dejar un espacio de tiempo para que la Iglesia asegure la catequesis de los alumnos que quieren recibirla. La tendencia a suprimir las clases el sábado para remitirlas al miércoles, día tradicional de la catequesis plantea problemas absolutamente insolubles, con innegable menoscabo de la libertad de la Iglesia para evangelizar los jóvenes. Es uno de los desafíos actuales de la sociedad francesa.

D. Le Tourneau

Rodolfo Rossi (ed.), *I viaggi apostolici di Paolo VI. Colloquio Internazionale di Studio. Brescia, 21-23 settembre 2001*, Istituto Paolo VI - Edizioni Studium («Pubblicazioni dell'Istituto Paolo VI», 25), Brescia-Roma 2004, XI + 390 pp.

Este volumen recoge las actas del VIII Colloquio Internacional de Estudio promovido por el Instituto Pablo VI, celebrado en Brescia el año 2001, sobre los viajes apostólicos de Pablo VI. Es decir: su peregrinación a Tierra Santa, con el significativo encuentro con el Patriarca Atenágoras (4-6 enero de 1964); su viaje a Bombay para clausurar el Congreso Eucarístico Internacional (2-5 diciembre de 1964); su estancia en Nueva York para su discurso ante la Asamblea de la ONU (4-5 octubre de 1965); el viaje a Turquía devolviendo la vi-

sita que el patriarca Atenágoras hiciera a Roma (25-26 de julio de 1967); su presencia en Bogotá para clausurar el 39 Congreso Eucarístico Internacional y inaugurar la II Conferencia General del CELAM; la peregrinación a Fátima en el 50 aniversario de las apariciones para rogar por la paz (13 de mayo de 1967); la visita a Ginebra con su paso por la sede del Consejo Mundial de las Iglesias (10 de junio de 1969); su viaje al continente africano, a Uganda para la clausura del «simposio» de obispos africanos, la consagración de doce obispos africanos y para honrar a sus mártires (31 julio-2 de agosto 1969); y, finalmente, el viaje a Extremo Oriente (Manila, Hong Kong), Polinesia (Samoa, Sri Lanka) y Australia (26 noviembre-4 diciembre 1970).

Los viajes apostólicos de Pablo VI constituyen uno de los aspectos más destacados de su pontificado y uno de los hechos pioneros de la modernidad del papado. El único precedente de viaje extra-italiano de un pontífice se remonta a Pío VII, en 1812, cuando fue obligado por Napoleón al exilio, viajando hasta Fontainebleau. Y, dentro de la Península Italiana, a la «huida» de Pío IX a Gaeta en 1848. Por otro lado, causó conmoción la simple salida de Pío XII para socorrer a los bombardeados durante la segunda Guerra Mundial en el barrio romano del Verano, y alguna salida de Juan XXIII. Con estos precedentes, y después de años de declararse «prisionero del vaticano», el papa tomó la iniciativa de salir al encuentro de los fieles, y lo hizo durante el desarrollo del Concilio Vaticano II, donde se reexaminaban las relaciones Iglesia-Mundo, se reimpulsaba el ecumenismo y se reforzaba la tarea misionera de la Iglesia.

Pablo VI se hizo misionero, «viator Christi», yendo al encuentro de las gentes (*ad gentes*). Además, visitó la ONU representando a la Iglesia (experta en humanidad) durante «guerra fría»; se hizo presente en el continente africano en pleno proceso descolonizador y buscando asentamiento de la Iglesia (*plantatio ecclesiae*) en un nuevo ámbito cultural; estuvo